



Nos han dicho que debemos lealtad a la Seguridad, que es nuestra Cruz Roja y nos proporcionará pomada y vendas para las heridas y nos extraerá las ideas ajenas las cuentas de cristal de la fantasía las horquillas retorcidas de la insensatez que llevamos incrustadas en la mente. En todas las puertas de entrada y salida al mundo han fijado carteles con avisos y listas de medidas de precaución que deben tomarse ante una emergencia extrema. Rayos, aislamiento en las nieves de la Antártida, mordeduras de serpiente, motines, terremotos. Nunca duermas en la nieve. Esconde las tijeras. Desconfía de los extraños. Si te pierdes en un país extranjero, guíate por el sol para saber la hora y por los riachuelos que fluyen hacia el mar para conocer tu posición. Si te estás ahogando y te rescatan, no opongas resistencia. Succiona el veneno de serpiente de la herida. Cuando la tierra se abra y las chimeneas se vengán abajo, sal corriendo a cielo abierto. Pero no nos han proporcionado consigna alguna para el día de la perdición definitiva, cuando «quienes miran desde las ventanas quedarán en tinieblas». Las calles están abarrotadas de gente presa del pánico, que mira a derecha e izquierda, que oculta las tijeras, que succiona el veneno de una herida que no logra encontrar,

que calcula la hora por la posición del sol en el cielo cuando el propio sol se ha fundido y se desliza en hilillos de los arrecifes de tinieblas hacia los cauces de mares evaporados.

Hasta ese día, ¿cómo vamos a encontrar el camino cuando dormimos y soñamos, y cómo vamos a protegernos de la peligrosa realidad que nos ofrecen, del rayo las serpientes el tráfico, de gérmenes motines terremotos ventiscas mugre, cuando los piojos recorren nuestras mentes como sigilosos arcanos? Rápido, ¿dónde está el dios de la Cruz Roja con la pomada y la escayola, la aguja y el hilo y los vendajes limpios con los que momificar nuestros sueños purulentos? La Seguridad es lo primero.

Escribiré sobre aquella temporada de peligros. Me encerraron en un hospital porque se había abierto un gran abismo en el témpano de hielo entre yo misma y los demás, a quienes observaba alejarse, junto con su mundo, a través de un mar de color violeta donde los tiburones martillo nadaban con tropical soltura junto a focas y osos polares. Yo estaba sola en el hielo. Llegó una ventisca y me sentí entumecida, y quise tumbarme y dormir, y eso habría hecho de no haber aparecido los extraños con tijeras y bolsas de tela llenas de piojos y frascos de veneno con etiqueta roja, y otros peligros en los que no había reparado antes —espejos, abrigos, pasillos, muebles, metros cuadrados, tramos de silencio cerrados a cal y canto—, simples y abigarrados, muestras gratuitas de voces. Y los extraños, sin pronunciar palabra, levantaron tiendas de lona circulares y acamparon conmigo y me rodearon con su mercancía peligrosa.

Pero me apetecía comer chocolatinas rellenas de caramelo porque me sentía sola. Me compré doce barritas por seis peniques. Me senté en el cementerio entre los crisantemos, que se arracimaban en el agua parduzca de unos botes de mermelada

bañados en cieno. Anduve de aquí para allá por la ciudad en penumbra, siguiendo los relucientes raíles del tranvía, que reflejaban y hendían el resplandor de las farolas, y los vagones arrojaban chispas repentinas sobre mi cabeza y me producían la sensación, con esa luz irisada que rociaban, de estar mirando a través de las lágrimas. Pero los escaparates de las tiendas me hablaban, y también la lluvia con sus regueros por dentro del ventanal de la pescadería, y el musgo y los helechos limpios en el interior de la floristería, y los trajes de chaqueta lacios y sin gracia, y los abrigos pasados de moda que pendían de viejos maniqués de escayola en las tiendas más baratas, que no podían permitirse iluminar los escaparates y apilaban el género sin orden ni concierto y lo exhibían con grandes letreros pintados de rojo. Todos me hablaban. Me decían: Cuidado con las rebajas. Cuidado con las gangas. Cuidado con el tráfico y los gérmenes: si te encuentras un pañuelo, sujétalo entre las yemas del índice y el pulgar hasta que alguien lo reclame. Para un catarro, inhala vapores de tintura expectorante. No te sientes en la taza de un váter público. Peligro. Cables de alta tensión en lo alto.

Yo aún tenía que aprender a ser civilizada; canjeaba mi seguridad por las cuentas de cristal de la fantasía.

Era maestra. El director del colegio me seguía hasta mi casa, y dividía su rostro y su cuerpo en tres para amenazarme con un peligro por triplicado, de modo que me seguían tres directores: dos flanqueándome y uno pisándome los talones. En un par de ocasiones me di la vuelta tímidamente y le pregunté: «¿Le gustaría que le dieran una estrella por buena conducta?». Me pasaba la noche entera en mi habitación recortando estrellas de hojas de papel dorado, que luego pegaba en la pared y en la puerta del mejor armario de la casera, y en la

cabeza y la cara y los ojos de su canapé de muelles, hasta que la habitación quedó empapelada de estrellas, decorada como una noche íntima, como un hechizo contra los tres directores que me obligaban a tomar el té en sociedad cada mañana en la sala de profesores, y que recorrían de puntillas con sus playeras el parterre de caléndulas mientras soltaban posibles consejos mordaces y perogrulladas. Con mis sobornos por buena conducta, imaginaba que los sujetaba con harina y agua en una galaxia de papel de aprobación, cuando en realidad solo me estaba concediendo a mí misma el centenar de recompensas, de garantías, de medidas de protección, de pólizas de seguro, porque yo era la única mala, la única a quien habían visto y oído, la única que había hablado antes de que le hablaran, que había comprado galletas de capricho sin que se lo dijeran y las había cargado a la cuenta.

Mi habitación apestaba a compresas. No sabía dónde meterlas, de modo que las escondía en un cajón del tocador de nogal de la casera: en el cajón de arriba, en el cajón de en medio y en el cajón de abajo; en todas partes se captaba el hedor a sangre seca, a comida rancia arrojada desde los estantes de una casa de huéspedes que no tenía inquilinos ni muebles ni esperanzas de un futuro alquiler.

El director del colegio batía las alas; respondía a un nombre que sonaba parecido a «buitre» y que le otorgaba poder sobre los muertos, el de dejar limpios los huesos de quienes yacían en el desierto.

Me tragué un raudal de estrellas; fue fácil; dormí el sueño del buen trabajo y la conducta excelente.

Quizás podría haberme zambullido en el mar violeta y haberlo cruzado a nado para alcanzar a la gente que iba a la deriva en el mundo; pero pensé: «La Seguridad es lo primero,

mira a derecha e izquierda». Las multitudes que desaparecían agitaban los sucios pañuelos, sujetándolos con cierto reparo entre el índice y el pulgar. ¡Menuda cautela! Se cubrían la boca y la nariz cuando estornudaban, pero tenían los pies descalzos y helados, y me dije que quizás no podían permitirse zapatos ni medias, de manera que seguí en mi témpano de hielo, pues no quería correr el riesgo de exponerme a la pobreza, y miré con precaución a derecha e izquierda, atenta al terrible tráfico en el solitario desierto polar, hasta que un hombre de cabellos dorados me dijo:

—Te hace falta tomarte un descanso de los crisantemos y los cementerios y de los raíles paralelos del tranvía que llevan hasta el mar. Necesitas huir de la arena y los lupinos, de armarios y vallas. La señora Hogg te ayudará; la señora Hogg, la cerda de Berkshire a la que le han sacado el bocio, y deberías ver el río de nata que mana del agujero en su cuello y oír el satisfactorio silbido de su aliento.

—Te equivocas —declaró la señora Hogg, de puntillas y con la cabeza bien alta—. Es posible que tenga un bigotillo pelirrojo, pero nunca ha manado un río de nata del agujero en mi cuello. Y dime, ¿qué diferencia hay entre la geografía, la electricidad, el miedo, un niño nacido con pocas luces y que babea dentro de un camión de madera rojo en un patio de hormigón y el lamento de Guiderio y Avirago?

Ya no temas el ardor del sol
ni la ira furibunda del invierno.
Nadie con sus conjuros va a dañarte,
ni embrujo alguno podrá afectarte.
Espectros y fantasmas te respetarán
y nada tenebroso llegará a rozarte.

La señora Hogg me daba miedo. Y no podía explicarle qué diferencia había, así que le grité:

Loca, loca que andas por los rieles sombríos,
tú a tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos.

¿De qué asuntos se ocupa una loca? ¿Una loca en los «rieles sombríos» de Cliffhaven, donde el tren se detiene durante veinte minutos para descargar y cargar las sacas del correo y ofrecer a los viajeros un vistazo gratuito de las locas que andan por allí, boquiabiertas y absortas?

Díganme, ¿qué hora es? La aturdidora campana del colegio está tañendo con sus vertiginosos golpes de badajo; ¿llegaré puntual a clase? El cerezo echa brotes en las bruñidas hojas, las aterciopeladas bocas de dragón están en flor, el viento lleva la caricia del sol a la hilera de álamos verdes y flexibles que crecen junto a la ribera, un poco más allá sendero arriba. Los veo desde la ventana. ¿Por qué estamos entonces en pleno invierno? ¿Y por qué las ventanas solo se abren quince centímetros por arriba y por abajo, y por qué cierran las puertas unas personas que llevan uniforme rosa y las llaves, sujetas mediante un cordel a los cinturones, en los hondos bolsillos de marsupial? ¿Ya ha pasado la hora de cenar? Luz violeta, rositas japonesas amarillas, los niños en la calle jugando al tejo y al béisbol y a las canicas hasta que la oscuridad emborrona y absorbe incluso el color de las rositas amarillas.

Pondré calcetines de lana calentitos en los pies de los que están en el otro mundo; pero sueño y no consigo despertar, y me arrojan por el precipicio y me quedo colgada ahí

sujetándome con dos dedos sobre los que se pone a bailar la Gigantesca Irrealidad, pisoteándolos.

Así pues, solo se podía llorar, no quedaba otra. Lloraba por que la nieve se derritiera y los poderosos concejales vinieran a arrancar los letreros de advertencia, y nunca respondía a la señora Hogg para decirle en qué consistía la diferencia, pues yo solo conocía la similitud; la diferencia se dispersaba en el aire y se marchitaba, dejando solo el fruto de la similitud, como el amento que revela la avellana.